

# En el bosque

KATIE KITAMURA

narrativa sextopiso



# En el bosque

KATIE KITAMURA

TRADUCCIÓN DE JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ



**sextopiso**

www.elboomeran.com

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida  
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

TÍTULO ORIGINAL  
*Gone to the Forest*

Copyright © 2012 by Katie Kitamura  
All rights reserved

Primera edición: 2013

Imagen de portada  
Paul Klee  
*Kleine rhythmische Landschaft*, 1920, 216  
*Small Rhythmic Landscape*, 1920, 216  
Oil and pencil on canvas on cardboard  
27,8 x 21,7 cm  
Privatbesitz, Schweiz  
© by VEGAP, Madrid

Traducción  
© JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2013  
Paris 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-60-9

Depósito legal: M-32043-2013

Impreso en España

Para Hari

*Me adentré en el bosque.*

KNUT HAMSUN

PRIMERA PARTE  
LA MONTAÑA

Tom oye el ruido desde el otro lado del vestíbulo. Un torrente rápido de dialecto autóctono. Al principio, piensa que son los criados que hablan. Pero después oye el chasquido de las interferencias. La cadencia aguda de una corneta. La voz vuelve a sonar, más alta. Inquieta y en tono de declamación.

Es la radio; alguien ha dejado la radio encendida. Tom se levanta. El viejo no está en su despacho; está en el río. Pero el sonido no proviene del despacho del viejo, así que Tom lo sigue por el pasillo. Entra en la cocina, pensando que Celeste estará escuchando la novela de la tarde...

En la cocina no hay nadie. Los platos descansan, limpios y relucientes, en los estantes. Una gota cae del grifo. Tom se gira, perplejo. La voz llega desde algún lugar situado a su espalda. Tom sigue el sonido hasta la terraza y encuentra la radio en el borde de la mesa, con el volumen al máximo.

Hermanos, ha llegado nuestro momento. Estamos hartos de que la bota del opresor blanco nos aplaste. Estamos cansados de que esos parásitos nos ahoguen. Durante años, hemos sopor-tado su tiranía sin ser conscientes de ella. ¡Estábamos dormidos!

Alguien ha dejado una silla junto a la mesa, como si hubiera estado allí, sentado, escuchando con atención. Tom no reconoce inmediatamente la radio; piensa que la habrán sacado de la biblioteca, pero no está seguro. En la granja no suelen oír la radio. Quién sabe por qué está en la terraza.

Es hora de que despertemos del sueño. ¡Alzaos, hermanos!  
¡Nos liberaremos y liberaremos esta tierra! Tendremos que

pagar un precio. Los parásitos no renunciarán a este país con tanta facilidad. Pero somos hombres valientes, somos honrados...

Tom frunce el ceño y apaga la radio, donde raramente se oyen voces de nativos. El dialecto es pastoso y está cargado de ira. Apenas entiende las palabras, le suenan a tonterías guturales. Todavía no alcanza a imaginar quién habrá llevado la radio a la terraza. Ningún criado se habría atrevido a hacer algo así.

Mira la silla. Cree ver una marca en el asiento. Como si un fantasma se hubiera introducido en la granja a plena luz del día. Es una suerte que lo haya descubierto él. Tom mira a su alrededor antes de colocar bien la silla y coger la radio. Mientras sostiene el aparato, contempla las tierras. Todo está tranquilo y se retira al interior.

La casa está junto al río. Es grande; una casa de muchas alas y habitaciones, y una terraza que rodea tres de sus cuatro lados. En el exterior de la enorme casa hay dos filas de árboles, plantados por los indígenas del viejo. Tom está sentado en el suelo, a la sombra de uno de esos árboles, donde se protege del sol achicharrante.

El padre de Tom había estado entre los primeros colonos blancos. Habían pasado cuarenta años desde que el viejo llegara al país y reclamara su pedazo de tierra. Cuarenta mil hectáreas de valle a lo largo de una columna vertebral de dieciséis kilómetros. La tierra no tenía dueño, y pasó a ser suya. Una estaca clavada en el suelo. El viejo la ocupó y la llenó de manos nativas. El dinero y la buena suerte llegaron poco después.

La granja se encuentra cerca de la frontera, y desde sus lindes se puede ver el país vecino. Es grande, de suelos cultivables y, además, tiene el río, que es ancho y rápido, empañado de sedimentos y de algas. El viejo eligió esa tierra por el río. Desemboca directamente en el mar. Sus aguas están llenas de jacintos morados y de peces carnívoros, los dorados, que las surcan en grupo.

Durante muchos años, el viejo dedicó la propiedad a la ganadería. Las cuarenta mil hectáreas se convirtieron en pastos y las vacadas fueron creciendo, aunque dejó una parte pequeña para cultivos. Hoy, la granja es un centro de pesca para turistas de todo el mundo. El viejo es tan autoritario con los clientes como lo es con los criados. Pero no parece que les importe. Se alojan en el ala de invitados de la casa y pagan una buena suma por el privilegio del que disfrutan.

Tom dirige la granja. Supervisa las actividades diarias de la casa, el río, los cultivos y los pastos del ganado. Es mucho para un hombre solo, pero hace bien su trabajo. Se le dan bien los cambios de la tierra, que sabe interpretar. También los asuntos domésticos de la casa y la cocina. Es diligente y presta atención a los detalles, en los que suele encontrar consuelo.

Tom es el primer y único hijo del viejo. Eso significa que, algún día, heredará la granja. Se quedará con el centro pesquero, que pasará a ser toda su vida. Tom no imagina otro futuro; no ve más horizonte, pero tampoco se siente atrapado. Tom adora la propiedad. Es la única cosa que conoce bien. Se mete de lleno en ella y no es capaz de plantearse una vida distinta.

Por consiguiente, se sienta a la sombra de su árbol preferido. Aprieta las piernas contra la tierra como si le fueran a salir raíces. Es la última semana de la temporada, pero todavía hace calor. En circunstancias normales, los turistas se habrían quedado en la granja por el sol, por la pesca, y porque el invierno tarda mucho en llegar. Estarían sentados juntos en la terraza por grupos, en la pose ideal para sus *souvenirs* fotográficos. Las mujeres llevarían vestidos de tarde y los hombres, trajes de lino. Se servirían bebidas en la terraza después de un caluroso día en el río.

Pero la terraza está vacía y en silencio. La radio ha vuelto a la biblioteca y la silla está como debería estar. Tom alza la cabeza al ver que la puerta se abre. Es el viejo. Aún lleva la ropa de trabajo, porque ha estado sacrificando reses viejas por la tarde. Es una tarea de la que siempre se encarga en persona. Tiene restos de pólvora en las suelas y huele a sangre fresca.

El viejo se queda de pie en la terraza, un metro ochenta de altura, botas de montar, y no hace nada que denote que se ha percatado de la presencia de su hijo.

Tras un silencio largo, lo llama.

—Thomas.

Todo el mundo lo llama Tom menos su padre, que lo llama Thomas. Eso crea un cisma en el interior de Tom/Thomas. Él piensa en sí mismo como Tom, pero sólo se reconoce como Thomas. No sabe su propio nombre. Hace tiempo que es consciente de que ese cisma no es sano, pero no es algo de lo que pueda hablar con su padre. Se levanta y camina hacia el viejo.

—¿Sí, padre?

El viejo lo mira en silencio. Lo mira como si no lo hubiera visto en su vida. Hasta es posible que desee que eso fuera cierto. Una propiedad tan grande y no pueden escapar el uno del otro, aunque Tom no lo ve así. El sol brilla naranja en el cielo. Su padre calla durante un rato y luego habla.

—Los Wallace van a cenar con nosotros esta noche.

—Sí.

—¿Has hablado con Celeste?

—Sí.

—Bien.

El viejo asiente. En la granja, despilfarran el dinero con la comida. Sacrifican a los animales más jóvenes para servirlos en la mesa. Mazorcas tronchadas del tallo. Raíces arrancadas de la tierra. Latas de paté y de caviar y cajas de vino que les envían del extranjero. Todo, por la cocina. Cualquier cosa que se pueda necesitar.

Tom se da la vuelta para marcharse. No ha dado más de cinco pasos cuando algo hace que se detenga y se gire otra vez. Es su padre, que lo llama. Tom espera a distancia.

—¿Qué va a servir Celeste?

—¿Esta noche?

Su padre hace caso omiso de la pregunta. Tom se siente incómodo inmediatamente. No es una pregunta normal en él. Siempre lo trata como si fuera su capataz. Tom trabaja para

el viejo y, a veces, se permite pensar que le es indispensable. Pero no ha conseguido acostumbrarse a la idea. Nunca ha tenido ocasión. El viejo no se lo permite.

Por ejemplo, ahora. Su padre es un hombre con buen apetito; confía su estómago a Celeste, lo cual convierte a Celeste en la persona de la casa que goza de más confianza. Pero su padre ha preguntado por el menú, y eso no es normal. Por fortuna, Tom ha hablado de la comida con Celeste. Así que carraspea, costumbre que el viejo detesta, y responde.

—Ostras. Ñoquis. Cordero. Ensalada. Y luego, queso y helado.

Su padre asiente.

—¿Las ostras?

—Las han traído esta mañana.

Su padre asiente otra vez.

—¿No va a servir pescado?

—No.

—¿Por qué no?

—Se lo preguntaré a Celeste.

—Dile que sirva todo el caviar que queda. No lo necesito para nada más. Y dile que ponga la mesa para cinco.

El señor y la señora Wallace son invitados esporádicos; gente sin interés para el padre de Tom. El viejo lo ha dejado bien claro en multitud de ocasiones. No dice quién es la quinta persona. Tom espera. El viejo lo mira.

—¿Tienes algo más que decirme?

Tom piensa en la radio de la terraza. ¿Quién la habrá dejado allí? Después, niega con la cabeza. No. Nada. El viejo asiente y Tom entra en la cocina en busca de Celeste, que esta vez se encuentra en sus dominios, rellenando empanadillas para los trabajadores. Mete la carne en las empanadillas y las pone en una bandeja. Tom mira la carne; es rosa, roja y blanca, informe y cruda. Celeste lo mira.

—Quiere saber si vas a servir pescado esta noche.

Ella hace un gesto con la cabeza.

—No.

—Pues quiere pescado.

Ella suspira y se limpia las manos con un paño.

—¿Por qué?

Él no responde.

—También dice que sirvas caviar de aperitivo, y que pongas la mesa para cinco.

Celeste vuelve a menear la cabeza. «Tche, tche, tche», chasquea la lengua en la boca. Tira el paño. Ni Tom ni ella quieren servir pescado para cenar. Pero los dos saben que ahora tendrán pescado además de cordero, un plato más en una comida que ya era copiosa. Celeste preparará el pescado con azafrán y mantequilla. Jose caminará alrededor de la mesa con la bandeja en un brazo, servirá las porciones y les añadirá salsa con el cucharón de plata. Tom carraspea.

—¿Has llevado la radio al porche?

Ella lo mira sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

Tom asiente y sale de la cocina y de la casa. El ambiente está tranquilo. Se detiene.

Algo va mal. La temporada turística ha sido un fracaso. Se suponía que llenaría las arcas. Que les ofrecería seguridad. Pero la temporada no les ha dejado nada y ahora se están quedando sin dinero. Todo el mundo sabe que se están quedando sin dinero. Ya no es un secreto. No hay más que mirar la granja para darse cuenta.

Y, sin embargo, ¡habrá caviar e invitados! Tom no entiende a su padre. Sube los escalones y recorre el perímetro de la terraza sin encontrar nada extraño. Luego, entra en el comedor. La mesa todavía no está preparada. El viejo ha dicho que pongan platos para cinco personas. Tom se queda inmóvil durante unos segundos. Mira las sillas y la pesada mesa de roble. Mira la superficie de mármol del aparador.

Tom vuelve a la fila de árboles. Se sienta, ocioso. Es el tempo del lugar. Lo abrumba, no se puede resistir. Es cierto que Tom es

un buen gerente, pero casi a pesar de sí mismo, porque en esencia es un vago. Su padre es diferente. Su madre era diferente. Su madre era como su padre: no era de este sitio. Era nerviosa y establecía un tempo ajeno al carácter de la tierra.

No había nada que se pudiera hacer al respecto. Su madre llegó diez años más tarde que su padre y los dejó diez años antes, muerta de agotamiento. Metieron su cadáver en un ataúd de pino y, a petición de su familia, lo repatriaron por barco. La vida era demasiado para ella. El viejo lo dijo en cuanto ella puso un pie en la propiedad. A nadie le sorprendió su muerte. Tardó veinte años en morir, y lo único que les sorprendió fue que tardara tanto. Estuvo muriéndose todo el tiempo. Casi se muere cuando dio a luz, y después de eso siguió muriéndose poco a poco.

Tom se acuerda de ella de vez en cuando. Poco antes le habían diagnosticado tisis. Era una enfermedad de otra época, una dolencia que ya no existía y que, sin embargo, devoró su cuerpo y la mató. En la última fase de su vida, se quemó a través de sus órganos y de sus extremidades, ardió por debajo de la piel. Como si tuviera prisa y ya no pudiera esperar. A veces, podía oler el aroma de su decadencia desprendiéndose de su cuerpo.

Eso era su madre. Dio a luz y él se deslizó de entre sus piernas hasta la tierra y el polvo. Desde el principio, Tom perteneció a este lugar. Había nacido en el campo y se sentía a gusto con las zarzas. Celeste lo amamantó durante el primer año; lo sostuvo mientras él arañaba y chupaba de sus tetas. Celeste tenía un niño de su misma edad, Jose. Los crió juntos. El padre de Jose no andaba por allí. Pero los chicos no crecieron como hermanos.

Jose era robusto, infatigable, obstinado incluso de bebé. Tom, en cambio, no era fuerte. Tenía un problema de piel que debilitaba su organismo y limitaba su crecimiento. Le salían escamas secas en los codos y en las rodillas. Si lo dejaban solo, se arrancaba largas tiras de piel. Cuando Celeste descubría las tiras, lo llevaba al río, le ponía puñados de barro en las

heridas y luego, cubierto de lodo del río, lo dejaba al sol para que se curase.

Entre ellos, los indígenas lo llamaban Niño Lagarto. Su padre culpaba a su madre de la enfermedad, pero Tom siempre creyó que la enfermedad era cosa suya. La tierra estaba asentada en su interior del mismo modo: era una especie de dolencia congénita. Tom también sabía que aquella debilidad significaba que no moriría como su madre. Era su instinto de supervivencia. Se replegaba en su enfermedad y descansaba dentro. Le ofrecía comodidad en una vida que, en conjunto, no tenía muchas comodidades.

De niño, buscaba consuelo en las mentiras; y ha sido un mentiroso desde entonces. No un buen mentiroso, pero sí persistente. La primera vez que mintió fue por un plato. Lo habían enviado a la granja de un vecino para que pasara la tarde allí. El hijo del granjero tenía un juego de platos de plástico. Los colores eran brillantes y de mala calidad, y cuando Tom clavó la uña del pulgar en el plástico, dejó una marca con forma de media luna. Tom quiso uno de los platos, así que se lo guardó en el bolsillo, se levantó a toda prisa y se fue sin despedirse.

Su padre lo estaba esperando en los escalones de la entrada, como si hubiera avistado su sentimiento de culpabilidad a distancia. Detuvo a Tom y lo levantó en el aire, clavándole los dedos en las axilas de un modo nada amistoso. Tom pateó para que lo bajara y el plato cayó al suelo, haciendo un ruido hueco y feo al chocar contra la loseta. Estúpidamente, trató de tapar el plato con la suela de una bota.

Su padre no pareció sorprendido.

—¿De dónde ha salido eso?

—El chico me lo ha dado.

—¿Te lo ha dado?

—Me lo ha regalado.

—Así que el chico te ha hecho un regalo.

—Sí.

—Mientes.

Un criado lo azotó. Su padre ni siquiera se molestó en escuchar. El silbido de la fusta, los gritos y alaridos desesperados de Tom. Sin embargo, siguió mintiendo. Su padre le preguntó quién había roto el jarrón del vestíbulo; quién había dejado abierta la puerta y permitido que el ganado se escapara. Era como si la visión de la cara de su padre lo condenara inevitablemente a mentir.

Incluso entonces, Tom no buscaba otra cosa que la aprobación del viejo. Por desgracia, nunca encontró la forma de ganárselo. Tom sabía que no lo castigaban por el acto en sí, sino sólo por la mentira. Lo que su padre no aceptaba era la mentira; como en todo, necesitaba dominar lo que no comprendía. Tom dijo una mentira y luego otra. Los criados volvieron a azotarlo.

Tom no era un buen mentiroso, pero la madre de Tom era tan buena que había hecho carrera de la mentira. Mintió a su marido mientras duró su aventura con un granjero de la zona. Usó a Tom como excusa. Dijo que Tom se sentía mal con él mismo y con los otros niños, y que necesitaba socializar: ése fue el término de moda que aplicó al estado nada de moda de su hijo. Todos los días, hacían a pie los cinco kilómetros que los separaban de la propiedad del vecino. Ella lo dejaba en el jardín con el resto de los niños y desaparecía en el interior de la casa.

Los niños jugaban en la tierra y escuchaban los alaridos que resonaban por la granja. A veces sonaban como a un animal que estuviera muriendo de una forma dolorosa. Su madre salía de la granja con un rubor febril y una mano contra la cabeza. Tom la miraba mientras ella se arreglaba el pelo y se ali-saba el vestido. Luego, hacían los cinco kilómetros de vuelta, cogidos de la mano. Él sabía que su madre estaba mintiendo, pero no le importaba. Pensaba que el secreto los uniría más.

Además de la falta de honradez y de una tendencia a malinterpretar las cosas, Tom tenía otros defectos de carácter que, combinados, se confabulaban de tal manera que el hijo

resultaba incomprensible para el padre. Por ejemplo, Tom era un cobarde. No era muy mayor cuando el miedo físico se transformó en miedo moral. En consecuencia, era lógico que su padre lo despreciara; al fin y al cabo, el viejo no creía que el miedo fuera una emoción válida.

Tampoco ayudó el hecho que Tom sintiera un temor especial por los dorados. Le parecían peces terroríficos. Podían llegar al metro veinte y ser más grandes que un niño, y mucho más grandes que el niño que Tom había sido. El frontal de los machos parecía un bloque cuadrado, y tanto los cuerpos de los machos como los de las hembras se volvían grises cuando morían fuera del agua. Pero, cuando estaban vivos, eran audaces y tenían un apetito voraz.

Al padre de Tom le encantaban. El viejo es ese pez: su padre es el dorado. Una vez, cuando Tom era un niño, lo llevó al río. Es posible que estuviera experimentando con la idea de ser un padre de verdad, porque se mostró inusualmente paciente. Le enseñó a lanzar el sedal y le enseñó a recogerlo. Habló muy poco, pero le dijo que el dorado era un pez feroz que podía tener la fuerza de un hombre.

Tom se acordaba del momento en que su padre capturó un dorado. Cómo empezó a enrollar el carrete. El pez surgió del agua y volvió a ella. A Tom le pareció tan grande como un hombre adulto, tan grande como su padre. Surcó el agua, pasó por debajo de la embarcación, pegó un salto en el aire y regresó al río. La caña se dobló como si estuviera a punto de romperse. Tom no estaba seguro de que su padre lo pudiera capturar. Pensó que la caña se rompería.

Pero su padre lo capturó. Era un pez gigante. Un macho de frente extraterrestre y un cuerpo amarillo que pegaba tiros al sedal. Su padre lo alzó en el aire; admiró su peso, el tono dorado de las escamas y su enorme tamaño. Luego, lo puso en brazos de Tom y el niño estuvo a punto de perder el equilibrio por el peso del animal, la frialdad de su cuerpo y la potencia de sus músculos, que daban sacudidas en un intento de escapar a la muerte.



En una sociedad colonial que podría ser cualquiera y ninguna, Tom vive con su padre y sus decenas de sirvientes en la inmensa propiedad familiar que tomaran cuando llegaron los primeros colonos a esa tierra, más de cuarenta años antes. La granja es el único mundo que Tom conoce. Todo, incluidas las relaciones de dominación con sus criados, le resulta tan natural como inevitable. Por eso, cuando escucha en la radio un discurso incendiario arrojando a los nativos en contra del opresor blanco «apenas entiende las palabras, le suenan a tonterías guturales».

El precario equilibrio que guarda un entorno que ha empezado a cambiar sin que tengan la capacidad de advertirlo se ve alterado con la llegada de Carine, una chica destinada a ser la esposa de Tom, con quien el padre pronto establece un feroz triángulo amoroso en un intento desesperado de aferrarse a un poder que ya no le pertenece.

Al entrelazar de manera magistral el derrumbe de dos mundos, el colonial y el familiar, Katie Kitamura ha plasmado en su novela aquella idea de que el colonialismo es ante todo un fenómeno mental. La explosión de un volcán cubre todo de cenizas que dificultan la respiración, y tanto Tom como su padre, la chica y los criados intentan mantenerse a flote, alentados por el miedo a lo desconocido y por la incertidumbre del mundo que encontrarán una vez que el viento haya soplado con la fuerza necesaria para llevarse las cenizas.

«En momentos uno piensa tanto en Coetzee como en Gordimer, pero Kitamura es una escritora por derecho propio, y le hace sentir a uno intensamente la tragedia de sus tres almas perdidas».

SALMAN RUSHDIE

«Una novela desnuda, urgente y hermosa... Los personajes y las imágenes de *En el bosque* siguen acechándome, un tributo a su duradero poder emocional y a los extraordinarios dones de su creadora».

SIRI HUSTVEDT

